

# La degradación de la vida reproductiva.

Eckerdt, Ariadna.

Cita:

Eckerdt, Ariadna (2025). *La degradación de la vida reproductiva*. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/318>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/AHK>

# LA DEGRADACIÓN DE LA VIDA REPRODUCTIVA

Eckerdt, Ariadna

Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Psicología. Córdoba, Argentina.

## RESUMEN

Este trabajo se desprende de una investigación avalada por SeCyT de la Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba, en la que se propone interrogar la infertilidad sin causas físicas manifiestas a partir de la distinción entre la función materna y el deseo femenino. Desde una perspectiva psicoanalítica, especialmente a partir de los desarrollos de Freud, Lacan y Soler, se explora cómo el deseo de hijo puede operar como sustituto del objeto fálico en ciertas posiciones subjetivas, sin reducir por ello el ser mujer al ser madre. Se plantea que el deseo femenino excede a la maternidad y que la infertilidad puede dar cuenta de una defensa frente a la castración o de una relación particular con el objeto a. En este sentido, la mujer no se define por la maternidad sino por su relación singular con la falta y con el deseo.

### Palabras clave

Deseo femenino - Maternidad - Infertilidad - Psicoanálisis

## ABSTRACT

### THE DEGRADATION OF REPRODUCTIVE LIFE

This work stems from a research project supported by SeCyT at the Faculty of Psychology, National University of Córdoba, which aims to explore infertility without manifest physical causes through the distinction between the maternal function and feminine desire. Drawing on psychoanalytic theory, particularly the contributions of Freud, Lacan, and Soler, it examines how the desire for a child can function as a substitute for the phallic object in certain subjective positions, without reducing womanhood to motherhood. It argues that feminine desire exceeds maternity and that infertility may signal a defense against castration or a particular relation to the object a. In this framework, woman is not defined by motherhood but by her singular relation to lack and desire.

### Keywords

Feminine desire - Motherhood - Infertility - Psychoanalysis

## EL ENIGMA DE LA PROCREACIÓN

Maternidad y paternidad no son cuestiones de experiencia, y mucho menos lo es la reproducción, ya que no remite ni con lo innato ni a la biología. Un claro ejemplo de ello es el *síndrome de couvade*, en el que algunos hombres experimentan síntomas similares a los del embarazo, como si también ellos estuvieran gestando. Del mismo modo, ciertas tribus aborígenes plantean todo un cuestionamiento respecto a la función del padre y su participación en la procreación, fuera de cualquier ley de la biología que limita dicha función a la conjunción del espermatozoide con el óvulo.

Estos ejemplos permiten pensar cómo, dentro del campo de la procreación, intervienen elementos que no serían meramente los biológicos.

Desde esta perspectiva, la procreación se presenta como un enigma: un ser sale de otro ser, fenómeno que involucra algo de lo real que permanece como resto, al mismo tiempo que abre una dimensión simbólica en relación con la posibilidad de significar eso que se produce entre dos. En relación a esto, Lacan señala:

La cuestión de saber que liga a dos seres en la aparición de la vida solo se plantea para el sujeto a partir del momento en que está en lo simbólico, realizado como hombre o como mujer, pero en la medida en que un accidente le impide acceder a ello (1956-1957 [2012] p. 256).

Es decir, tanto la constitución del sujeto como su unión con otro y el producto de dicha unión están determinados por el acceso al lenguaje, así como por las estructuras sociales y culturales que lo preceden y lo constituyen. Será entonces en el campo de lo simbólico donde se plantee la pregunta por lo que “liga” a dos seres en la aparición de la vida: en la reproducción y la relación entre los sexos. Desde esta perspectiva, el hijo a concebir, la relación reproductiva de una pareja y el lugar del hijo no responden a los ideales biológicos.

De hecho si la procreación fuera sólo un producto de la biología, no existirían problemáticas como infertilidad sin causas físicas manifiestas, donde algo de la subjetividad parece opera en esa concepción imposible por las vías consideradas “naturales”. Incluso en muchos casos, ni siquiera con la intervención de la ciencia y sus técnicas de fertilización se logra la gestación anhelada. Esto se debe a que “nada de lo tocante al comportamiento del ser humano en tanto sujeto (...) puede escapar a las leyes de la palabra” (Lacan, 1956-1957[2012], p. 121).

La sexualidad, sus efectos y la ley están íntimamente ligados. La sexualidad se aleja de cualquier explicación natural que la reduzca a la conjunción de dos sexos diferentes pero complementarios, con la finalidad de reproducirse y continuar la especie. En realidad, hay una lógica que estructura la sexualidad y que produce, en el encuentro entre los sexos “efectos de dominancia, de influencia, de repulsión, hasta de ruptura” (Lacan, 1968-1969[2012], p. 205).

En función de lo anterior, se puede afirmar que no toda conjunción sexual produce un hijo: no hay un ideal que garantice desde el inicio la concepción entre dos. Si el sujeto es efecto del lenguaje y lleva la marca de una falta estructural, el dilema radica en reconocer cómo esa falta opera en la relación con el otro, y qué lugar se le deja al deseo en la posibilidad de concebir un hijo. Como dice Lacan:

La conjunción sexual se trata menos del tercero producido que de la reactivación de una producción fundamental, que es la de la fórmula celular misma, la cual (...) se vuelve capaz de reproducir algo que está en su propio seno (...) su organización (1968-1969[2012], p. 205).

Tal vez, para alojar la concepción de un hijo, el sujeto deba afrontar la falta originaria que lo constituye. Este es el punto de conflicto: reconocer el deseo de tener un hijo implica asumir la castración del Otro, correrse del ideal imaginario de completud y omnipotencia. Es reconocer que algo falta. Incluso, puede suceder que ese hijo –producto anhelado– no sea suficiente para velar esa falta. Tal vez, al contrario, remite al lugar donde el sujeto se encuentra atrapado como objeto del deseo del Otro. Y tal vez eso mismo sea lo que hace obstáculo en la gestación. En ocasiones, ni siquiera la intervención de las técnicas fertilización asistida permiten producir la concepción, como si fuera necesario que algo de la falta continúe operando para impedir la conjunción.

## EL SUJETO DEL DESEO

Freud (1912[2012]), en *La degradación de la vida amorosa*, propone para los hombres una marcada separación entre el objeto de amor y el objeto de deseo. Lacan, en cambio, afirma que en las mujeres no hay tal separación, sino una convergencia del amor y del deseo sobre el mismo objeto, aunque el primero se encuentra disimulado por el segundo. Soler (2004), por su parte, agrega que hoy, liberadas de la única opción del matrimonio, muchas mujeres aman por un lado, y desean y gozan por otro. Esto se hace evidente en la práctica clínica, donde aparecen mujeres cuyo deseo el ámbito de la familia, la pareja o la estabilidad hogareña.

Esto no impide la emergencia de nuevas inhibiciones femeninas en relación con la elección. Soler (2002) observa en las mujeres actuales un distanciamiento similar al del hombre obsesivo

frente al acto: dudas ante decisiones fundamentales, especialmente en el terreno del amor. “El hombre y el hijo, deseados pero aplazados ‘hasta un mejor encuentro’, son las principales razones para una demanda de análisis” (p. 12.).

De este modo, ese “mejor momento” que, a nivel consciente, implicaría reunir las condiciones óptimas para poder concebir un hijo –es decir, cumplir ese deseo– no se produce, dejando entrever, a nivel inconsciente, el mantenimiento del deseo en su estado insatisfecho.

Así, el diagnóstico de infertilidad sin causas físicas manifiestas puede leerse en la misma línea de la postergación del deseo. No hay impedimento orgánico para la concepción, y sin embargo las intervenciones médicas no logran dar una respuesta eficaz a este padecer. Algo del hijo, de la concepción o del embarazo, se mantiene a distancia: se dice querer, pero no se puede.

Incluso cuando la interviene la medicina –que responder con la promesa de que “todo puede ser tratado” donde hay un cuerpo “afectado” –, el abordaje muchas veces se reduce a tratar el cuerpo como una máquina mortificada: se lo inyecta, se le implanta materia orgánica, se lo atiborra de químicos (Lora, 2012). Sin embargo “el inconsciente no conoce la biología” (Soler, 2004, p. 25), aunque sí del deseo.

Por ende, así como un embarazo puede entenderse como “un signo del sujeto, un efecto en el cuerpo de una necesidad inconsciente” (Chatel, 1996, p. 21), la infertilidad sin causas manifiestas también da cuenta de un sujeto del inconsciente.

Lacan señala que para hablar del sujeto hay dos campos: el campo del sujeto y el campo del Otro. El Otro, es el lugar donde se sitúa la cadena de significantes: es el campo del ser viviente en el que el sujeto tiene que aparecer. Y desde ese ser viviente, se manifiesta la pulsión. Siguiendo a Freud (1905), toda pulsión es parcial, ya que ninguna representa por sí sola la totalidad de la tendencia sexual ni de la función de la reproductiva.

Esta función biológica es innegable en el plano orgánico, pero no tiene representación en el psiquismo. “En el psiquismo no hay nada que permita al sujeto situarse como ser macho o ser hembra.” (Lacan, 1964[1993] p. 212). En el campo del inconsciente, el sujeto se sitúa solo como sujeto: sus actividades se expresan mediante las pulsiones, y sus actividades, en relación al exterior. Esta división abre las vías de lo que se puede hacer como hombre o como mujer, pero situados desde el campo del Otro. El Edipo es precisamente es orientación. En este sentido, la sexualidad –al estar representada por la pulsión parcial y por la relación del sujeto con ella–, no se deduce de ninguna esencia previa, sino que “se instaure en el campo del sujeto por la vía de la falta.” (Lacan, 1964[1993], p. 213).

La falta es aquello que ser viviente pierde al reproducirse por la vía sexuada. Esta falta es real y remite a lo real: el hecho de que, por estar sexuado, el ser está sometido a la muerte individual. Tal como en el mito de Aristófanes, esta división se representa en la imagen de la búsqueda engañosa de la mitad perdida por medio del amor.

En este sentido, el deseo aparece articulado con la función de castración: con el corte que produce el significante en el organismo, permitiendo hablar de un cuerpo significativo, dividido por las pulsiones parciales. Ese cuerpo pierde algo, una parte irrecuperable. En palabras de Lacan, el objeto es “objeto perdido en los distintos niveles de la experiencia corporal donde se produce su corte, él es el soporte, el substrato auténtico, de toda función de causa.” (Lacan, 1962-1963[2015], p. 201). Este objeto, resto de la operación entre sujeto y Otro, es el objeto *a*.

El objeto *a* orienta al sujeto en su relación con el deseo del Otro. El deseo siempre es deseo del Otro, y en el juego de oscilación significativo, queda un lugar intermedio donde se sitúa ese objeto. Está sometido a la sustitución, al desplazamiento, a todas las formas de equivalencia y transformación. Se abre al amor, que lo convierte en sujeto de la palabra y le da un lugar en el Otro. El deseo, entonces, se expresa y trasmite por medio del significante. El deseo atraviesa la línea del significante y, en ese cruce, se encuentra con el Otro. Este Otro se presenta como tesoro de los significantes, como sede del código. El deseo llega como significado, y por eso Lacan dice que el deseo siempre es cornudo. En realidad, es el sujeto quien es cornudo: traicionado por el deseo, que “se acuesta” con el significante.

En cuanto el sujeto dirige su deseo al Otro, hace existir a ese Otro como sede del código. Pero al mismo tiempo, queda sometido a la dialéctica del deseo y su encarnamiento. Toda satisfacción posible del deseo dependerá de cómo, en la palabra del sujeto, se articule el sistema significativo, es decir, del Otro como lugar del saber.

Si hay deseo de tener un hijo, la pregunta que se impone es: ¿deseo de quién? Si el deseo es deseo del Otro, habrá que considerar cómo se presenta ese Otro con su deseo, y qué efectos genera sobre una mujer que no logra gestar.

Tal vez el no dar ese objeto de deseo mantiene circulando la falta, evitando caer en la condición de mero objeto de satisfacción. Tal vez la presencia de la falta del Otro, vía su deseo, remite a una angustia que imposibilita la circulación del deseo. O quizás se trate de una interpretación de la demanda como algo que anula el deseo por el hijo, al ser vivido como aniquilante.

## REFLEXIONES FINALES: LA MUJER NO ES LA MADRE

Soler sostiene que la falta no tiene nada de específicamente femenino, si se la piensa como falta en tener, ya que el deseo es inherente al sujeto. “Y el deseo de mujer, como tal, si tiene algún sentido evocarlos, sería de otra cosa.” (Soler, 2004, p. 49-50).

La función de corte, que inaugura al deseo –siempre de otra cosa–, es lo que hace posible la separación entre la madre con el hijo. “El verdadero corte, descubierto por Lacan, el que separa a la madre del hijo debe referirse al que ocurre entre el organismo viviente, animal si se quiere, y el sujeto como efecto de lo simbólico.” (Soler, 2004, p. 143). Lo simbólico permite la relación con lo viviente, pero al mismo tiempo introduce una

falta en ser, que se vuelve motor del deseo.

Freud propone que esta falta puede resolverse de distintos maneras; una de ellas será por medio del ser madre, en tanto que ella implica “el tener, bajo la forma del niño, sustituto del objeto fálico que le falta” (Soler, 2004, p.144). El deseo de hijo y el posicionamiento materno se inscriben, entonces, como una vía de resolución de lo femenino. Freud lo ilustra en el juego infantil de la niña con la muñeca, que en un primer momento implica la identificación con la madre, y posteriormente con el niño como don del padre “la más intensa meta de deseo femenina.” (Freud, 1933, p. 119).

Desde una perspectiva más lacaniana, el embarazo puede vivirse como una experiencia significativa de completud aparente. En el momento en que se suspende, temporalmente, la barra que divide al sujeto y delimitaba su falta. En algunos casos, esta experiencia aparece cuando “uno ya no sabe qué hacer con uno mismo, busca detrás de qué esconderse.” (Lacan, 1962-1963[2015], p. 19); es decir, cuando el sujeto no puede arreglárselas con su propia falta.

Sin embargo, en la clínica emergen casos donde el síntoma de la infertilidad habla de otra cosa: del deseo propiamente femenino, que no se agota en la maternidad. En esta línea, Soler afirma que “el ser mujer de la madre no se resuelve enteramente en el tener fálico sustitutivo”. (Soler, 2004, p. 144).

La relación madre-hijo, entonces, se resignifica a la luz de la época. Este deseo ya no es único ni universal. Aparece el no-todo del deseo femenino, que ya no queda reprimido en “la metáfora infantil”, del ser-madre. El niño ya no sólo puede colmar, sino también dividir. La mujer –ya no solamente madre– puede continuar en la vía del deseo. Si el niño la colma, lo que aparece es la angustia, como señal de que falta la falta.

El deseo femenino no es único, ni universal, ni anónimo. El ser mujer no se reduce al ser madre, ni la satisfacción del deseo al hijo. Es en este plano donde se inscribe la cuestión de la infertilidad: algo aparece a nivel corporal que indicaría la imposibilidad de concebir un hijo, pero tal vez lo que no puede concebirse es **otra cosa**. Se pone así en tensión la pregunta por el deseo ¿De hijo? ¿De embarazo? ¿De ser madre?

Para el sujeto que se posiciona como madre, el hijo puede presentarse como un sustituto de su falta. Es a través de él podría sentirse colmada. En este sentido, el niño se ubica como objeto que la madre toma, quedando sujeta a la ilusión de que depende de ella no sólo el sostén del niño, sino su constitución subjetiva. Pero la mujer no se reduce a la madre. Hay un deseo femenino que no puede ser taponado por el hijo como sustituto fálico. Hay un más-allá para la mujer, si se entiende el deseo como posibilidad de aparición de la mujer que habita en la madre. Esa mujer se orienta hacia otro objeto que la colme, protegiendo al niño de quedar anulado como sujeto por ese Otro materno que puede llegar a capturarlo como objeto de su satisfacción y, protegiéndose ella misma del desvanecimiento de su deseo.

La mujer, más allá de si es madre o no, remite a ese lugar donde

aparece la falta en ser, indispensable en la estructuración del sujeto. No se trata de la envidia de pene ni de la falta del órgano viril, sino de la castración como pérdida estructural que se instala con el lenguaje y funda al deseo. De lo que se tratará es de cómo cada mujer se las arregla con su objeto faltante.

Fuera de la maternidad, aparece el vacío de significativo de su sexo: no hay una imagen que tapone su falta. En ese vacío, la mujer puede crear un ser, a partir del disfraz que le ofrece la mascarada (Lacan, 1960[2013]) volviéndose el falo que representa el objeto de deseo del Otro. Puede así devenir objeto causa de deseo, ser un síntoma para su partenaire o encarnar aquello que dice “algo en torno a la verdad”.

Lo anterior puede leerse como un intento de responder al lugar que la mujer ocupa para el Otro, esperando que este responda desde el tesoro de los significantes, es decir, es decir, desde aquello que ella es para él. Esta operación conserva el enigma sobre su deseo, dejándola abierta a una invención única e irrepetible. Porque si la mujer se construye en torno al vacío significativo de su sexo, -vacío estructural, pero fundante- entonces es frente al menos donde puede surgir un más; frente al vacío, la creación. Y en ese gesto, se construye lo que cada sujeto imagina que es la mujer.

El paso (...) de la imagen fálica de uno a otro lado de la ecuación, de lo imaginario a lo simbólico, lo hace positivo en todo caso, incluso si viene a colmar una falta. Por muy sostén que sea del (-1) se convierte allí en (...) falo simbólico (Lacan, 1960[2013], p. 783).

La mujer como sujeto no presenta la carencia de pene que el mito edípico atribuye como entrada a lo femenino. No será necesariamente a través del hombre o del hijo n que encontrara sustitución a su falta. Este modelo responde a una lógica de satisfacción por medio del encuentro con el objeto. Pero lo que a la mujer le falta es efecto de su condición subjetiva, de falta en ser. Desde allí puede orientarse por el deseo, ubicarse en el deseo del Otro, sostener el enigma de su deseo, determinarse como madre o encontrar otras vías para bordear esa falta.

## BIBLIOGRAFÍA

- Chatel, M. (1993). *El Malestar en la procreación*. Editorial Nueva Visión.
- Colette, S. (2004). *Lo que Lacan dijo de las mujeres*. Paidós.
- Freud, S. (1905 [2011]). *Tres ensayos de teoría sexual*. En Obras completas Volumen VII. Amorrortu.
- Freud, S. (1912 [2012]). *La degradación de la vida amorosa*. En Obras completas Volumen XI. Amorrortu.
- Freud, S. (1933 [2012]). *Conferencia 33: la femineidad*. En Obras Completas Volumen XXII. Amorrortu.
- Lacan, J. (1956-1957 [2012]). *Seminario IV: La relación de objeto*. Paidós.
- Lacan, J. (1960 [2013]). *Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina*. En Escritos 2. Siglo XXI editores.
- Lacan, J. (1962-1963 [2015]). *Seminario X: La angustia*. Paidós.
- Lacan, J. (1964 [1993]). *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós.
- Lacan, J. (1968-1969 [2012]). *Seminario XVI: De un Otro al otro*. Paidós.